

La mujer del farero

José María Fraguas De Pablo

La mujer del farero

septem 
ediciones

La mujer del farero

SEPTEM LITTERA

Primera edición: mayo, 2007

© 2007 José María Fraguas De Pablo
© de esta edición: Septem Ediciones, S.L., Oviedo, 2007
e-mail: info@septemediciones.com
www.septemediciones.com
Blog: septemediciones.blogspot.com

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor.
Derechos exclusivos reservados para todo el mundo

DISEÑO CUBIERTA Y COMPAGINACIÓN: MeR Studio

FOTO PORTADA:

FOTO AUTOR: Fotomatón

ISBN-13: 978-84-96491-57-1

D. L.: AS-_____-2007

Impreso en España — *Printed in Spain*

Dedicado a ti.

CAPÍTULO I

Conocí aquí el mar cuando tenía doce años. San Antonio era un pequeño pueblo de pescadores con algunos huertos de naranjos en la costa mediterránea, que sigue estando en la ladera norte del Cabo del mismo nombre, pero ahora, repleto de urbanizaciones y de alemanes. Llegué como aquella vez, en el autobús de línea que hace el trayecto desde Valencia y dura una hora y media aproximadamente; casi lo mismo que hace treinta años. Las paradas son interminables y constantes, como entonces pero, en los escasos noventa kilómetros que recorre el “Figueredo” —que así se llama la empresa—, hoy no viaja casi nadie. ¡Quién lo diría en 1964 del flamante Leyland con motor Perkins que el propio Justo Figueredo conducía cuando era el único nexo de unión con la civilización y la capital! Eran coches de línea que llevaban a la ciudad viajeros llenos de ilusiones y preguntas, o estudiantes en septiembre para examinarse en el Instituto, y que traían pasajeros desilusionados con la realidad y con más respuestas de las esperadas o estudiantes suspendidos sin ganas de repetir curso.

San Antonio era el final del trayecto. Casi al borde del agua, en la misma puerta del hostel “Solymar” —ahora “El Caribe”—, se detuvo el aerodinámico ómnibus con ese aspecto de insecto gigante que tienen los modernos autocares gracias a esos prominentes espejos retrovisores. Aquí no hay mosquitos ni turistas en primavera; una suerte porque este precioso pueblo se hace asfixiante en verano con esas dos plagas tan molestas. Antes parecía razonable la duración del trayecto. Ahora no. Quizá hoy el tiempo se ajusta al de la película que nos ponen para acompañarnos

durante el tedioso recorrido. Era “El cartero y Pablo Neruda”. Quedaban apenas diez minutos de película. Ya entrábamos en el pueblo cuando el conductor, ni corto ni perezoso, avanzó la cinta para cuadrar el final del “film” con la llegada. Menos mal que yo ya la había visto y disfrutado en su momento porque ¡menuda gracia! Y qué casualidades ofrece la vida porque la mujer del farero, a la que yo venía buscando, era, como yo la recuerdo, igual que la actriz María Grazia Cucinotta, que hace el papel de Beatrice Russo —la novia del cartero Mario Ruoppolo, interpretado por Massimo Troisi— en la película premiadísima y oscarizada. La mismísima jugadora de fútbolín con escote y toque de muñequina prodigiosos, que se enfrenta contra el malogrado actor y director. O también era igual que Mónica Belucci en “Malena”, de Giuseppe Tornatore. Vestía igual: trajes estampados con botones, siempre abrochados magistralmente hasta y desde donde correspondía, ni cortos ni largos, ceñidos pero sueltos. Esos trajes que sólo las campesinas saben llevar con garbo y que Sofía Loren puso de moda en las películas italianas cuando lavaba la ropa en el río, o en las de Ettore Scola y de tantos otros. ¿Cómo sería hoy Mónica Belucci con cuarenta años más? La mujer del farero, entonces, tenía menos de treinta, pero de los de antes en que las mujeres parecían maduras muy pronto, y más las de pueblo. Cuando la ví por primera vez fue en la lonja del puertecillo, agachada sobre una caja de sepías, escogiendo una que el pescador pesó en la romana con desdén y sin apartar la vista de su clienta. Fue en mi primer viaje a San Antonio cuando la ví, pero no la conocí hasta el tercer o el cuarto viaje. Iba allí al menos una vez al año, invitado a casa de mi amigo y vecino en Madrid, Juan Prieto. Estábamos en

plena pubertad y no sé a él, pero a mí, me pareció tan superior, tan bella y fuerte que ví talmente a la Virgen, a mi madre y a Juana de Arco juntas, encarnadas en una sola mujer inefable como el Misterio. Nunca olvidaré aquel momento, aunque no la hubiera vuelto a ver jamás. Pero no fue así, por fortuna para mí.

Prieto era un niño rico y bondadoso que me inició en la zoofilia con su perro Rex, un caniche blanco amoroso como una ovejita, que nos sirvió a los dos para encontrar nuestro sexo refrotándonos contra el animal en las tórridas tardes del verano madrileño. Su padre, un rico industrial alicantino muy viajado y liberal, tenía una mansión en San Antonio que apenas visitaba desde que vivían en Madrid. Fue para mí el lugar en el que entendí el significado de muchas de las palabras más poéticas del vocabulario como mar, libertad, paz, deseo, tierra y hasta gula, porque Rosa, la anciana guardesa de la finca de Los Prieto, “La Casiopea”, nos hacía un arroz abanda y una sepia a la plancha que quitaban la respiración. Un auténtico placer. Algo muy similar a bañarse desnudo de noche en esas calas preciosas que hay justo debajo del Faro del Cabo de San Antonio. Era una delicia entre los doce y los veinte años, hacer aquellas escapadas solos, dos jovencitos, a mesa y mantel, sin más gastos que las propias energías y poco más. El sueño de cualquier adolescente.

Me hospedo en “El Caribe” como no podía ser de otra manera: una maleta con la cámara de vídeo y sus pinganillos, otra más pequeña con el portátil y su cacharrería, y otra mediana con la ropa. Son argumentos suficientes como para no pensarme ni si quiera un instante dónde parar: mirando al mar, en pleno

centro, a un paso de los taxis, del periódico, del autobús, ¡qué más se puede pedir! La habitación 7 en el segundo y último piso es un espanto pero tiene una amplia terraza con vistas al Mediterráneo. Su baño, su armario con espejo y su cama. Sólo hay un inconveniente: la almohada es enorme. Cuando me quedo solo, como hago siempre que voy a hospedarme durante algo más de tres días, cambio los muebles de sitio hasta tres veces.

Me pongo un pantalón corto y me quedo adormilado sobre una tumbona de la terraza haciendo tiempo hasta que llegue la hora de cenar. La brisa de la tarde me desordena los pelos de las piernas y con el cosquilleo me quedo traspuesto. Casi al instante, sin que medie tiempo consciente, me despierto helado sobre la tumbona. Clarea el día y la fresca me ha dejado petrificado. Tiritando me dejo caer sobre la cama pero el sol despunta y la franja magenta que separa el mar del cielo me obliga a contemplarla unos minutos hasta que la luz me cierra los ojos y el sueño me vence. En esos instantes que median entre lo lúcido y lo inconsciente me veo llegando a San Antonio con el mismo frío, a la misma hora y ante aquel espectáculo impresionante con el que se me presentó el mar a mis doce años, después de haber viajado en tren desde la media noche hasta Valencia, y más tarde hasta aquí, en el “Figueredo”, cuando comenzaba a amanecer aquel día de aquellos años tan hermosos.

CAPÍTULO II

¿Quién era ese anciano larguirucho y canoso que me miraba desde el espejo del armario? Era la más desagradable de mis personalidades. Era yo, ahora y aquí, en ayunas y recién levantado, mi peor momento. Dormirme con doce años y despertar con cincuenta fue brusco para empezar el día pero las abluciones matinales y el desayuno repararon parcialmente mi levedad matinal un día más. San Antonio tenía ya Club Náutico, tienda de informática, vídeo club y de todo; mi paseo por los alrededores —nunca he sabido por qué sólo paseo cuando viajo— me mostró el pueblo de hoy en algo menos de cien metros. Hay más población y muy distinta: más servicios, más negocios —muchos inmobiliarios—, bares, bancos y supermercados. Hace una mañana preciosa y me gustaría bañarme en las calas del faro.

Cala Matilde fue el nombre que le dimos Juan y yo a una de las más bonitas de allí. Tenía unos orificios en la roca por donde se oía el golpear del mar, y si el oleaje era fuerte hasta subía el agua como por un surtidor. Chillida se inspiraría en una igual para hacer el Peine de los Vientos en Donostia, o en las Furnas de Sagres, en el Cabo de San Vicente del Algarve portugués. Matilde era la hija rubia del farero. Tenía diecisiete años. Su padre, un gallego de Guitiriz, de tierra adentro, que vivía de iluminar barcos por todos los cabos de España: Trafalgar, Gerona, Málaga, Cabo de Palos... Un montón de destinos evocadores y desconocidos para mí, en donde Paula y Matilde nos contaban haber vivido. Paula era morena y la mayor. Tenía dieciocho años cuando las conocimos. Yo ya había cumplido los dieciséis. A Juan aún le quedaban